

Cuerpo y Cultura, una fiesta para el alma

Darío Henao Restrepo
Universidad del Valle

Cuerpo y Cultura. Las Músicas “mulatas” y la subversión del baile es un libro que he leído con frenesí, con mucho júbilo y alegría. Sumergirse en sus 394 páginas es como volver a esa fiesta que todos albergamos en nuestra memoria de latinoamericanos y que la pluma de Ángel Quintero acicatea por los mundos sonoros evocados en su libro. Esas músicas “mulatas”, que han provocado las delicias del cuerpo, los encuentros amorosos, la amistad, la solidaridad, el dolor y la tristeza, en fin, esas simples épicas de la vida, ocupan el primer plano, son las protagonistas de un viaje al fondo de ese mutante venir siendo de nuestras identidades, y en especial de uno de sus troncos: la vertiente afroamericana. Esa lejana África que acá llegó con la infame trata de esclavos, en buena parte explica nuestra particular manera de ser, de sentir y de expresarnos, que hoy nos distingue y nos relaciona con la extraordinaria complejidad y multiplicidad del mundo en el cual vivimos.

Esa particular manera también la han expresado en el siglo XX grandes escritores latinoamericanos como Jorge Luis Borges, Guimarães Rosa, Sábato, Roa Bastos, Fuentes, Alejo Carpentier, García Márquez, Lezama Lima, Jorge Amado, Mario de Andrade, Juan Rulfo, Vargas Llosa, Onetti y Cortázar, entre los tantos renovadores de nuestras letras, no en vano emparentados con el más grande novelista del sur de los Estados Unidos, William Faulkner. Sin la influencia de Faulkner, dice Vargas Llosa, no hubiera habido novela moderna en América Latina. Esta veta literaria aparece muchas veces en el trasfondo de los análisis de *Cuerpo y Cultura* y sugieren una perspectiva valiosa para explorar a fondo la relación Música y Literatura. En el caso de Puerto Rico, esta relación tiene en Luis Rafael Sánchez a uno de sus grandes exponentes con sus libros *La guaracha del macho Camacho* y *La importancia*

de llamarse *Daniel Santos*, entre nosotros; *Viva la música*, de Andrés Caicedo, *Bomba Camará* y *Reina rumba*, de Umberto Valverde, y *Son de máquina*, de Óscar Collazos.

Mucho ritmo y mucho swing animan los análisis y reflexiones de *Cuerpo y Cultura*, cuyo especial encanto reside en que lo podemos leer cantando y bailando. Eso fue lo que hice, ayudado de mi Ipod y de toda la memoria de músicas mulatas almacenadas, tararear con un sabrosón baile de silla canciones como *Déjala que suba*, de Rafael Cortijo y su combo, *Las partorinhas*, del carioca Noel Rosa, *Las caras lindas*, de Ismael Rivera, *Mi gente*, de Héctor Lavoe, *Pedro Iavaja*, de Rubén Blades, *Piel de Canela*, de Bobby Capó, *La comparsa*, de Ernesto Lecuona, *Garota de Ipanema*, de Vinicius de Moraes y Tom Jobin, *Yenquele María*, de Eddy Palmieri, *Sonido bestial*, de Richie Ray y Bobby Cruz, los boleros de Rafael Hernández, el trío Los Panchos, Bola de Nieve, Agustín Lara, María Greever, Pedro Flórez y El trío Matamoros, las guarachas de Celia Cruz, Bienvenido Granda y Daniel Santos, los choros de Pixinginha, las músicas de Jelly Roll Morton, Duke Ellington y Ray Charles, entre tantos de la gran tradición musical afro-norteamericana. Para no hablar de lo que Ángel denomina las músicas “clásicas” sincopadas de Gershwin, Villa-Lobos, Lecuona, Piazzola, Leo Brower y Ernesto Cordero. La lista es de nunca acabar. Lo destaco para significar que este libro está sustentando en una vasta enciclopedia musical, además de una selecta bibliografía de historia social, musical y cultural que aquí son las llamadas herramientas teóricas con las cuales Ángel encara este viaje al corazón de lo que se ha forjado entre el Cuerpo y la Cultura en las Américas mulatas.

Sin duda este es un libro que nace mayor, verdadero clásico para entender la cultura latinoamericana. Hemos tenido el privilegio y el placer de tener a Ángel Quintero en Cali como invitado al Simposio Internacional Jorge Isaacs, el último llevado a cabo en octubre pasado y dedicado a las relaciones entre nuestro recóndito Pacífico y el repetido Caribe, al que tanto le deben nuestras identidades “mulatas”. Pues bien, *Cuerpo y cultura* esclarece muchos de los hilos que sustentan esa relación, ese aire de familia del que hablara Alejo Carpentier. Todos tenemos en común esa cimarronería cultural y danzaria afroamericana. De ella también

hace parte la nuestra, la del Pacífico colombiano, las músicas de Caballito Garcés, Edmundo Arias, Petronio Álvarez, Peregoyo y su combo Vacaná, Tito Cortés, Piper Pimienta, el Brujo Córdoba, Hánsel Camacho, Alexis Lozano, Jairo Varela y Hugo Candelario. Vertiente que bien analiza Alejandro Ulloa en su reciente libro *La salsa en discusión*.

Con las músicas de Rafael Cortijo, el hijo de la barriada obrera de Santurce en el viejo San Juan, Ángel nos lleva de la mano a esas sonoridades africanas que llegaron a estas tierras de las Américas con la inhumana trata esclavista y que con tanto dolor y libertad contribuyeron a edificar lo que hoy somos, comemos, cantamos y bailamos. Los territorios de esta fecunda hibridación de lo africano con lo europeo y lo indígena comprenden una vasta geografía que va desde el profundo sur de los Estados Unidos, recreado en los cuentos y novelas de William Faulkner, pasando por las costas de México, las islas del Caribe, Centroamérica, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, hasta el Brasil y algo en el sur de Borges, el eje Uruguay/Argentina, la cuna del tango, esa sonoridad que también se nutría con los aportes de los ritmos afros.

De lo que trata el libro, bien a fondo, es del cuerpo y de la cultura que lo mueve, de aquello que lo incita al baile, lo que Ángel denomina como las músicas “mulatas” de América. Esas músicas son el jazz y luego el rock afro-norteamericanos, el samba y el bossa nova afrobrasileños, la rumba, cumbia, calypso, reggae, beguine, y la salsa, entre las múltiples músicas afroamericanas internacionalizadas, que han protagonizado la subversiva comunicación del baile. Como lo expresa el poeta puertorriqueño Luis Palés Matos

Por la encendida calle Antillana/va Tembandumba de la Quimbamba/
-Rumba, macumba, candombe, bámbula -/ entre dos filas de negras caras.
/Ante ella un congo – gongo y maraca -/ritma una conga bomba que
bamba./Culipandeando la reina avanza,/y de su inmensa grupa resbalan/
meneos cachondos que el gozo cuajan [...]y la molienda culmina en
danza.

De este cimarronaje libertario aludido por el poeta surgió una profunda revolución, nada menos y nada más que la de subvertir la odiosa

separación del cuerpo y la mente propugnada por la racionalidad occidental. Esas músicas negras de lejanos orígenes, salidas de las barriadas populares de las urbes del continente mulato, pusieron a bailar al mundo y lo liberaron de lo que el sabio peruano Aníbal Quijano define como la vieja prisión eurocentrista de la dualidad cuerpo-alma, materia-espíritu, razón-emoción. Saliendo de esa cárcel de larga duración, agrega el peruano, la corporeidad emergía radiante como sede y modo de ser humano en este mundo y ponía al desnudo su relación con el poder. El ritmo contra el sufrimiento, el más poderoso descubrimiento de los “negros” en América, hace hoy parte del más contagioso canto a la libertad, el que expresamos con el baile, como una humana forma de comunicarnos, de solidaridad, de alegría colectiva y de gozo individual.

El inmenso material analizado en el libro, para con todo detalle hacer la genealogía de este gran aporte al mundo, nos remite a un vasto universo de músicas que hoy hacen parte de la memoria colectiva latinoamericana, letras y músicas que todos nos sabemos, cantamos y bailamos, y que para bien de otros rincones de este mundo también circulan y encantan a millones de congéneres. Fenómeno que acontece en un mundo en el que, afortunadamente, cada vez son más fuertes los procesos de interpenetración cultural y lingüística. Esto es lo que otro gran pensador caribeño, el martiniqués Edouard Glissant, denomina como criollización del mundo, esa poderosa corriente que desmonta los llamados sistemas de pensamientos hegemónicos por otros múltiples, no-sistemas, intuitivos, frágiles y ambiguos, que se avienen mejor con la extraordinaria complejidad y dimensión del mundo en el cual vivimos.

Lo que propone Ángel se inscribe en esta nueva perspectiva, con ella nos adentra en un vasto recorrido en el que se muestra cómo surgen de grupos humanos a los cuales se había privado de la palabra —los esclavistas los separaban para que no pudieran hablar en sus lenguas— formas de comunicación en las que la sonoridad de la percusión anima sus cantos y las expresiones corporales. Para ello vuelve a los orígenes en Puerto Rico, con la bomba, el merengue dominicano, el belén de Haití, Martinica y Guadalupe, el jazz funeral de Nueva Orleans, la rumba cubana, el bullerengue y la cumbiamba colombiana, el danzón de Cuba y México y el samba y el choro brasileño. Con detallados análisis

musicológicos, Ángel muestra cómo se van erigiendo, en sus propias palabras, “los entrefuegos entre melodía, armonía, forma y ritmo en las músicas afroamericanas, que evidencian claramente su distanciamiento respecto al centralismo sistematizador de la modernidad occidental”. De todo esto surgieron formas propias de comunicar identidades y sentidos de pertenencia. En suma, expresamos lo que somos entretejiendo cuerpo y cultura: componiendo, tocando, tarareando, cantando y, sobre todo, bailando.

Con lujo de detalles, con apartes magistrales en su estilo, argumentación e información, en este viaje danzario/musical, Ángel demuestra por qué el siglo XX ha sido el siglo de la preponderancia de las músicas bailables de América. La habanera, el danzón y el maxixe a comienzos del siglo XX, el jazz, la rumba, el bolero, el tango y el samba en la primera mitad del siglo XX, y en la segunda mitad, el rock y el hip-hop, el bossa nova, el pop, el calypso, el reggae, reggaetón, beginne, souk, la salsa y el jazz latino, músicas que han tocado la sensibilidad de miles y miles de personas en el mundo entero.